

Nuevas formas de cooperación y actuación internacional: bomberos ante situaciones de riesgo

En los últimos años el concepto de cooperación ha sufrido una clara redefinición, no solo por la presencia de ajustes en los enfoques teóricos y la contextualización de los objetivos en función de otros puntos de vista implicados en identidades no paternalistas, sino por la implicación de nuevos grupos y colectivos profesionales en actuaciones internacionales nada convencionales, que implican respuestas inmediatas y muy profesionalizadas ante los problemas. Como es el caso de grupos de bomberos españoles en labores tanto de formación como de intervención ante situaciones de crisis o de riesgo dentro del espacio internacional. Dichos trabajos, en los que participan tanto jóvenes como más veteranos técnicos pertenecientes a estos cuerpos, con gran repercusión social en aquellas zonas donde actúan, representan formas renovadas de cooperación bajo contenidos cada vez más específicos; no solo en las tecnologías sino en el conocimiento de las herramientas de intervención social y humanitaria, a cargo de profesionales que intentan transmitir a la sociedad una imagen más completa de su actividad, alejada de cualquier estereotipo. A su vez, dichas intervenciones contribuyen a deslindar con más precisión todavía el distinto papel en la actuación de los “profesionales/técnicos” y de los “voluntarios”, sin las confusiones que a menudo aparecen entre ambos roles.

Palabras clave: Solidaridad, situaciones de crisis, restablecimiento servicios básicos, formación técnica, combinación recursos materiales y humanos, América Latina, África, diferencia de modelos, actuación permanente.

1. Cooperación: un concepto en evolución

Según la RAE, cooperar es el “acto de obrar conjuntamente con otro u otros para un mismo fin”. Extraemos de esta definición que es crucial el trabajo conjunto, bidireccional, para lograr el objetivo que originó dicha cooperación. La palabra se empezó a utilizar en la terminología social y política especialmente tras el final de la II Guerra Mundial, con fines no siempre transparentes. El término apareció cargado de una cierta retórica, como una etiqueta al uso que aportaba brillantez a un discurso muy típico de la “guerra fría” y del enfrentamiento entre los bloques. Más allá de esa superficie propagandística, un sentido mucho más sincero de la cooperación se empezó a utilizar en época más reciente. Para España, la utilización plena del concepto llegó a partir de la Transición a la democracia, que venía a implicar además una normalización en las relaciones internacionales, y la definitiva integración de la sociedad española en un contexto mundial. Sin embargo, todavía en 1990 se tenía que explicar a amplios sectores de la ciudadanía, lo que eran las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), buena parte de las cuales, en su mayor parte procedentes de las sociedades con más recursos y más conciencia ciudadana, ya estaban presentes en distintas actuaciones exteriores desde muchos años antes.

Más allá de las áreas hacia las que se ha dirigido la atención prioritaria – sanidad, alimentación, vivienda, necesidades primarias, recursos educativos, etc.- hay otros espacios en los que es cada vez más precisa la actuación de profesionales con buena tecnificación para dar respuesta a situaciones de

enorme urgencia -no solo material sino también social- como es el caso de los bomberos.

La cooperación, a efectos prácticos, implica más que una relación de “superior” a “inferior”, bajo conceptos ya superados como el de “ayuda”. Lejos del clásico modelo de “cooperación norte-sur”, “primer-tercer mundo”, “países ricos-países pobres”, etc., hoy en día es necesario plantearse la relación desde una perspectiva igualitaria y compensatoria frente a situaciones que implican una injusticia social o una carencia de recursos. La antigua visión de cooperación como simple “ayuda”, considerando a los que la reciben como “inferiores” o “tutelados” desde la posición del que “manda” y del que “acepta sumiso”, debería quedar olvidada. Entre todos podemos dar forma y fuerza a la visión de la cooperación como una colaboración más cercana entre seres humanos, aunque sus sociedades de procedencia no dispongan de los mismos recursos o de idéntico nivel de infraestructuras. Para ello parece esencial contar con la participación directa de las poblaciones potencialmente beneficiarias de esas intervenciones. Incluso ante actuaciones como las de los bomberos que implican decisiones muy rápidas, que exigen respuestas inmediatas. Sin esa participación de los grupos locales, sin escuchar sus puntos de vista, valorar sus intereses y prioridades, junto a las opiniones de las propias personas atendidas, las intervenciones podrían ser contempladas como meros aparatos externos que se superponen sobre realidades totalmente distintas las de las sociedades de las que proceden los agentes que intervienen.

La referencia administrativa española en este tema, la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo (AECID), también parece participar de la necesidad de ese cambio de visión. La AECID está variando su estrategia para los próximos años, ya que el contexto actual (nacional e internacional) obliga a rediseñar el modelo de cooperación española para, entre otros, mejorar la eficacia y eficiencia en la gestión de los fondos públicos y privados.

Trabajar codo con codo con la población local no sólo es más gratificante, sino que también es mucho más eficiente. Eso lo hemos comprobado quienes participamos en actuaciones como cooperantes. El acercamiento logrado al trabajar con agentes locales es fundamental para conseguir la aceptación de la población que, de lo contrario, nos recibiría con desconfianza y enorme distancia. En muchas sociedades del tercer mundo, sus habitantes están habituados a una perspectiva en la que el “extranjero”, el que “viene de fuera”, se ha ganado, a veces con evidente razón, una imagen identificable con la de “quien les viene a robar” o a “esquilmar sus recursos”. Es esencial adaptar el contenido y la metodología de las acciones a la cultura imperante en la zona de destino, lo que pone de manifiesto, una vez más, la arcaica e ineficiente visión del modelo “imperativo” de la cooperación internacional. La nueva visión de cooperar implica facilitar las condiciones y herramientas para que los propios receptores se puedan organizar por sí mismos dentro de su propia cultura.

En mi experiencia personal en catástrofes humanitarias, los resultados han sido más positivos si tratamos de ir un paso más allá en las intervenciones. No sólo adaptando nuestras acciones a su registro cultural; también compartiendo con ellos las duras condiciones de vida a las que habitualmente se enfrentan en esos momentos: durmiendo bajo su mismo techo, compartiendo los mismos víveres, bebiendo la misma agua... Nada que ver con una perspectiva “aristocratizante” de la intervención comunitaria, en la que quienes llegan desde el exterior se distancian por sus usos y consumos de las identidades locales hasta ser contemplados como unos “ajenos” o “extraños”.

La continuidad es otro aspecto fundamental para que la cooperación sea efectiva y eficiente. Para lograr permanencia y mayor eficacia en las

acciones, es necesario desarrollar la creación de estructuras más o menos estables en el tiempo: por ello la formación continua adquiere un papel fundamental. Invertir en prevención de riesgos y en técnicas de intervención es esencial para que cuando las crisis se producen pueda haber respuestas con nivel de eficacia. Esta parte de la cooperación internacional no es tan espectacular como la de ayudar *in situ* en tareas de rescate, pero es igual o incluso más importante. El ejemplo más evidente es el desarrollo de cursos de formación en los que los agentes locales reciben conocimientos técnicos y relativos a la dinamización y organización de los recursos locales para favorecer la propia dinamización de sus propias comunidades en actitudes organizativas capaces de dar respuestas tempranas a las situaciones de riesgo. La labor de “formación de formadores” es la más rentable en todos los sentidos, contribuyendo a movilizar los recursos propios de la colectividad, sin esperar la “tutela” o la intervención externa. Habida cuenta, además de que los primeros tiempos tras una situación de emergencia o de catástrofe van a ser decisivos para paliar en la medida de lo posible las consecuencias de una devastación, contribuyendo a salvar el mayor número de vidas humanas.

Todos esos aspectos de la cooperación no tienen por qué estar desconectados y son perfectamente complementarios. Formar en el mismo lugar de actuación a sus profesionales en las materias técnicas que puedan ser necesarias en caso de encontrarse en situaciones como hambrunas, terremotos o inundaciones, proporciona al país en riesgo aquellas herramientas necesarias para poder responder ante catástrofes. Debemos además partir de un reconocimiento de la realidad ante el que no nos sirven los parámetros del llamado “primer mundo”, o al menos, al de países donde existen una estructuras de intervención muy desarrolladas, una sociedad mejor o peor articulada, pero al menos con esquema social definido, e incluso una cultura de atención de los recursos públicos a las necesidades ciudadanas; es decir: las estructuras propias del estado de bienestar con capacidad para generar respuestas ante las situaciones de emergencia.

Por el contrario, muchas de esas sociedades no disponen de los suficientes recursos para dar respuestas a situaciones de crisis. Cuando se habla de recursos no hay que hacerlo solo de los técnicos, sino de los humanos. Se trata en ocasiones, como se va a describir más abajo, de sociedades mal articuladas, con grupos enfrentados por razones étnicas o religiosas, o (1) estructuras sociales determinadas por un vergonzoso clasismo, en el que la presencia de los funcionarios o de los servicios públicos –desde la policía al personal de atención- son muy mal valorados o recibidos con rechazo.

De ahí, la importancia de poner el peso de las actuaciones no solo ante el hecho puntual derivado de una emergencia, sino en la previa capacitación técnica y de recursos humanos, para que los propios agentes locales sean capaces de responder ante situaciones de emergencia sin esperar la ayuda exterior. Este ha sido el objetivo fundamental en varias de nuestras intervenciones. Tras cooperar frente a catástrofes naturales en países como Nicaragua o Bolivia, nuestro equipo de la ONG española Bomberos Unidos sin Fronteras (BUSF), se desplazó de nuevo a Latinoamérica para capacitar a profesionales sobre potabilización de aguas, apeos y entibaciones, rescate en altura, etc. De este modo, su respuesta ante futuras catástrofes podría ser más rápida y eficaz, y estaba directamente vinculada a sus propias identidades y valores.

Cursos de capacitación, con una duración aproximada de un mes, se han impartido durante varios años en distintos países de América Latina, y su nivel técnico ha ido creciendo gradualmente. Cada vez se ha ido contando con más personal para llevarlos a cabo, tanto cooperantes externos como profesionales locales a los que previamente se había dotado de una formación especial. Nació así una interesante experiencia de formación de

(1) Bomberos Unidos Sin Fronteras (BUSF) es una ONG especializada en respuestas anti catástrofes, que trabaja tanto en el tema de la prevención como en el de la actuación, en formación y en intervención. Con programas de cooperación en distintos países de América Latina y África, por sí misma o en colaboración con otras entidades de carácter sanitario o de intervención social, y la colaboración tanto de administraciones públicas como de empresas y de particulares.

formadores. La iniciativa resultó positiva, en la medida en que los antiguos alumnos se convertían en transmisores de los contenidos, ofreciendo lo aprendido en años anteriores a los compañeros que empezaban su formación este año. Debe ser destacada la rentabilidad social y el impacto positivo de las actuaciones basadas en la dinamización de los recursos locales y la formación continuada de formadores frente a aquellas actuaciones centradas en los hechos puntuales y en las intervenciones dictadas por hechos coyunturales. En nuestra experiencia ambos niveles de intervención son perfectamente complementarios, pero el mayor énfasis debe ponerse en la formación para la prevención de riesgos, y aquí el papel de los agentes locales es decisivo.

Más allá de las situaciones impulsadas por las respuestas inmediatas en las que se ha de intervenir para salvar vidas humanas o actuar en rescates, es necesario trabajar en acciones que vengan a unir conceptos como continuidad y capacitación técnica –por encima de las catástrofes– en aquellos contenidos relativos a las infraestructuras mínimas de intervención prioritaria: suministro de agua potable, electricidad, creación de condiciones de seguridad, etc. En nuestra experiencia como cooperantes en África subsahariana el abastecimiento de agua mediante la instalación de potabilizadoras y formación a población local en su uso y mantenimiento, ha resultado ser una actuación de gran impacto.

Un factor a considerar en el rediseño de los modelos de cooperación, tal y como la propia AECID lo admite, ha sido la drástica reducción de fondos tanto públicos como privados. Esta reducción de fondos como consecuencia de la crisis económica, se refleja en los proyectos, que han visto amenazada su continuidad. A pesar de ello, las iniciativas de formación se continúan llevando a cabo, pero para ello ha sido necesario un esfuerzo del colectivo profesional, en el que la implicación personal y el compromiso tanto en lo humano como en lo material, ha pasado a tener mayor importancia que en momentos anteriores. A la vez se hace necesario actuar con un extremo rigor en la administración de los recursos, con la dificultad en ocasiones de contar con tecnologías que no siempre son asequibles, pero que muchas veces parecen necesarias para una actuación eficaz en situaciones de crisis.

2. El papel del cuerpo profesional de bomberos españoles en actividades de cooperación

Es preciso analizar de manera previa este tema desde una perspectiva de contextualización en aspectos cómo:

a) Formación técnica.

Frente a la perspectiva de otra época en la que el trabajo de los bomberos aparecía como un simple “oficio” con mucho de artesanal y manual, en la actualidad el perfil de los contenidos implica un gran nivel de tecnificación, especialmente en las sociedades más desarrolladas, manejando unas tecnologías cada vez más costosas en términos económicos, y más sofisticadas. Esa tecnificación en los contenidos está presente en la actividad cotidiana de los profesionales que desarrollan su trabajo en España. Demandando a su vez en la formación en contenidos de alta especialización, no siempre suficientemente atendidos por las administraciones, y que implica una formación continua, por la aparición de tecnologías y aplicación de nuevos sistemas y contenidos para dar respuestas más eficaces a los problemas. A veces -y ello se ha podido detectar con mayor proporción con la crisis económica- una cierta falta de inversión pública en formación que ha debido ser paliada con formación externa, con el

consiguiente desembolso que ello conlleva para nuestros propios bolsillos. Una formación del máximo nivel no puede basarse en la “buena voluntad” de los profesionales. Con ello hay que poner de manifiesto la profesionalidad de un cuerpo y su grado de implicación en actuaciones comunitarias, tanto de ámbito nacional como internacional.

b) Profesionalidad.

Ello implica, en primer lugar, el acceso a la actividad laboral a través de una dura oposición, con un abundante número de demandantes de empleo y unas duras y complejas pruebas, no ya físicas sino intelectuales.

En tiempos pasados, primaba la aptitud física con respecto a la psicológica y académica; con el transcurso de los años se ha suavizado esta tendencia, y se han tratado de compensar los tres aspectos: psicológico, físico, y académico.

Actualmente, en España los bomberos ya no forman parte de las escalas más bajas de la administración, y acorde a eso se ha exigido mayor preparación académica para acceder a un puesto en las oposiciones tanto a nivel autonómico como local. Antaño bastaba un certificado de estudios para el acceso; más tarde con el título de graduado escolar, y en el presente, se exige como mínimo bachiller superior o similar, al estar incluidos en el nivel C1 de la Administración que pide esa titulación. Lo que implica que en las últimas oposiciones convocadas sean mayoría los titulados superiores aspirantes a las plazas, incluso en carreras como Ingenierías, Ciencias de la Actividad Física, Arquitectura, Derecho o Psicología.

Este hecho es una consecuencia de la propia petición de una ciudadanía que exige mayor calidad en los servicios públicos, y que es al final la que los costea a través de sus impuestos, demandando una mayor calidad profesional en todos los aspectos, y como no podía ser de otra manera el nuestro también ha tenido que evolucionar por estas demandas ciudadanas. Ese diferente nivel, que responde también a un concepto previo, se marca con mucha mayor medida entre los profesionales españoles -y europeos, en general- frente a los de las sociedades en vías de desarrollo en las que este trabajo continúa siendo un “oficio” vinculado en varios países a estructuras casi militarizadas, dentro de un modelo absolutamente distinto al de Europa. Más allá de las diferencias en el uso de equipamientos técnicos más sofisticados o tecnologías de última generación, lo que se marca es una variación en el enfoque de la visión sobre una profesión, cuyos contenidos no son siempre equivalentes entre sociedades muy diferentes.

Se trata de la misma diferencia que todavía podría hoy marcarse en España entre bomberos veteranos -personas que desempeñaban su trabajo con materiales y formación muy limitados, aunque estas carencias las debían suplir con dosis de ingenio, y un conocimiento de distintos oficios de la construcción que hoy no tienen la importancia de antaño- y los nuevos incorporados. Ese desfase de conceptos se sigue produciendo en sociedades, principalmente del tercer mundo, en el que la profesión de bombero todavía está asociada a modelos de oficios casi obsoletos en sociedades más avanzadas. Entre los bomberos de nuevo ingreso que obtuvieron plaza en los últimos años en España, una mayoría tienen una previa preparación académica universitaria (licenciados o grados superiores), no solo en ciencias e ingenierías sino en las humanidades; perdiendo protagonismo el antiguo conocimiento de oficios manuales que todavía sigue siendo la base en la que se articula la profesión en las sociedades en vías de desarrollo con los

que se colabora en actividades formativas o de intervención ante emergencias. Lo que nos lleva a tener en cuenta este factor en las labores de formación, dado el distinto nivel de enfoque con respecto a los contenidos de nuestro trabajo.

Dicho modelo anterior basado casi exclusivamente en lo físico, con una alta presencia de lesiones -hernias, ligamentos, articulaciones, etc- por un mal uso de los recursos personales y un escaso dominio de unas tecnologías muchas veces muy precarias, ponía todo el acento en la fuerza física. Hoy, en sociedades como la nuestra, los nuevos opositores llegan incluso en el apartado físico-corporal con suficiente asesoramiento técnico -entrenadores, dietistas, fisioterapeutas...- para minimizar el riesgo ante situaciones y contingencias.

- c) Valoración de los recursos humanos y conocimiento de las estructuras sociales.

Se trata de un contenido cada vez más importante, que implica la combinación entre el trabajo físico y el psíquico. Y a la vez la implicación en diversos aspectos relacionados con los supuestos de intervención, que ya no son solamente los de acción rápida ante una emergencia. Sino que implican detección de situaciones vinculadas a los servicios sociales, problemas familiares, recursos humanos, y contenidos que implican un mayor conocimiento de las habilidades y recursos sociales.

Esa doble combinación, física y psico-social, representa un nuevo reto. Si en lo físico, un bombero con todo el equipo de intervención, incrementa su propio peso entre 25 a 30 kilos, y trabaja con herramientas extremadamente pesadas (separadores, equipos hidráulicos, equipos mecánicos, etc.) -aunque las tecnologías evolucionan y las hacen cada vez más ligeras, pero los movimientos siguen siendo lentos y problemáticos en muchos casos- en otros aspectos vinculados a lo psico-social su papel se enfrenta ante situaciones totalmente novedosas. Se trabaja en ocasiones ante situaciones de estrés emocional difíciles de gestionar si no se dispone de herramientas psicológicas con las que nutrirse. Es el caso de situaciones en las que se interviene en un siniestro y es necesario atender o al menos comunicarse con miembros de una misma familia en la que se han producido víctimas que pueden ser mortales. Destacando en estos casos valores como la capacidad asertiva o la comunicación, a las que antes apenas se daba importancia en la formación. Se trata de un contenido que exige una capacitación para generar pautas de actuación y comportamientos adecuados para un manejo acertado de la situación. De forma lamentable este contenido tiene muchas lagunas, especialmente entre los profesionales de países donde todavía no se ha pasado del nivel de oficio manual.

De la misma manera, es preciso el conocimiento de protocolos de organización y de habilidades sociales para actuar en las situaciones de post siniestro, especialmente con víctimas o momentos en los que se producen imágenes dantescas. En estas situaciones el profesional -igual de frágil emocionalmente que todos los seres humanos- debe favorecer las labores de coordinación para impedir que por una actuación caótica la intervención se salde con unos resultados socialmente todavía más negativos. Un caso que se repite en ciertas actuaciones ante catástrofes donde los daños y devastaciones, además de las víctimas directas, son especialmente notorias. Mi experiencia personal me lleva a la conclusión de que sería positivo el asesoramiento psicológico a los profesionales, para evitar que determinadas imágenes de tragedias acaben por hacernos daño a nosotros mismos. La comunicación entre todos es esencial, aunque sigamos siendo reacios a compartir esas inquietudes. Nada más lejos

de la realidad que pensar que cuando nos colocamos el traje de intervención debemos ser prácticamente insensibles a todo.

- d) Implicación del colectivo en la atención a personas y colectivos en situaciones de riesgo, desfavorecidos o damnificados.

Este punto adquiere en nuestra época una gran importancia; nos enfrentamos a diario a situaciones en las que las personas afectadas pertenecen a grupos en riesgo de exclusión social de todo tipo, ante las que los bomberos estamos muy sensibilizados. Muchas veces nos convertimos en primeros testigos de situaciones vinculadas a casos de violencia de género, o contra menores o ancianos, que deben ser denunciadas inmediatamente, o a episodios en los que tras un siniestro aparecen personas vinculadas a toxicomanías que merecen una atención socio-sanitaria. En abundantes ejemplos debemos actuar de manera directa en coordinación con otros recursos -médicos, policiales, servicios sociales, etc.-. Se trata de una implicación más completa que la de una actuación puramente técnica para combatir un siniestro.

Nuestra percepción de las situaciones sociales nos hace conscientes de que desde hace unos años se han podido acrecentar distintos signos de desigualdad, o encontramos ante situaciones que parecían superadas en nuestra sociedad. Un ejemplo: un análisis reciente realizado por bomberos de Cataluña, trataba de demostrar la creciente siniestralidad de incendios de viviendas por el alumbramiento con velas, por no disponer de recursos suficientes para pagar el recibo de la compañía eléctrica, con un elevado riesgo de provocar incendios domésticos. Según el diario "El País" (23-V-2015) las cuatro grandes compañías de electricidad suspendieron en 2014 el suministro a casi 642.000 hogares: situación que genera un foco de accidentes e incendios. Ante ciertas intervenciones hemos podido comprobar que las personas afectadas que demandaban nuestros servicios carecían de luz y agua en su domicilio. Lo que nos plantea un nivel de conciencia ciudadana para intentar ayudar a revertir estas situaciones que nos parecen inhumanas. De la misma manera que detectamos un cierto retorno al uso de modelos anticuados de estufas a gas, o de instalaciones de calefacción que no han sido revisadas, lo que representa un serio peligro.

- c) Una voluntad de actuar más allá de lo coyuntural, con una visión solidaria y de conjunto que está en la propia identidad del trabajo que se realiza.

Es sabida la negativa del servicio de bomberos a actuar en los desahucios, lo que en su momento provocó enfrentamientos con algunas administraciones e incluso con otros cuerpos de funcionarios del estado o municipales con los que trabajamos diariamente de manera coordinada y sin problema alguno de relación. Desde el cuerpo de bomberos hemos creído que son más importantes las personas que los bienes. Estamos para ayudar a los ciudadanos, no para tirar una puerta abajo y sacar a una familia de su hogar. Han de crearse otras soluciones de mediación y de negociación para evitar situaciones tan traumáticas, que nosotros no estamos dispuestos a agravar.

3. Aspectos de las intervenciones de cooperación

Las catástrofes nunca avisan, pero hay que estar preparado para actuar generando los suficientes mecanismos de intervención. En este aspecto, la capacidad de reacción, tanto de profesionales como de la ciudadanía en su conjunto, dependerá mucho del grado de articulación de una sociedad. En

España, un caso muy significativo de movilización social fue la respuesta ciudadana ante el naufragio del "Prestige". Ante esa contingencia, bomberos de toda España acudimos a combatir esas oleadas de fuel diseminados por toda la costa gallega. En concreto, un grupo de compañeros de Madrid trabajamos en la difícil tarea de limpiar dos territorios tan importantes y sensibles desde el punto de vista medioambiental como las Cíes y la isla de Oms. Nuestra actuación era mucho más especializada y diferente a la de los voluntarios, en general, dado el difícil acceso a los acantilados a través de cuerdas, tirolinas, y demás sistemas, con el uso de material especializado, lo que descartaba cualquier intervención de personas sin una capacitación profesional. A pesar de esa distinción entre los dos conceptos de intervención -profesionalizada y general- el reparto de tareas entre ambas formaciones fue uno de los elementos más positivos de respuesta ante una catástrofe en la que la sociedad civil en su conjunto estuvo muy por delante de sus representantes, cuyos fallos y lagunas fueron evidentes.

Ese reparto de funciones se marca con mayor definición en las actuaciones en sociedades del tercer mundo o en vías de desarrollo, donde no siempre existe una estructura de movilización social. O bien se trata de estructuras muy mal articuladas, en situaciones de guerra civil, conflicto entre comunidades o enfrentamiento social muy acentuado, en las que la presencia de un siniestro o imprevisto -terremoto, desbordamiento, avalancha, erupción, etc- genera una terrible conmoción entre grupos que además ya tenían anteriores problemas de subsistencia.

A ello hay que unir el aspecto, muy importante, que ya adelantábamos al principio: la diferencia entre los distintos modelos de entender nuestro trabajo, bajo un modelo muy militarizado de otros países (América Latina) y otro basado en técnicos especializados civiles e integrados en los servicios comunitarios públicos, como es el europeo. Junto a ese elemento, el riesgo que representa la presencia de voluntarios, con escasa formación, en dichos servicios. Pero hemos de ser conscientes de que hay muchas sociedades con una concepción muy diferente a la del Estado de Bienestar, donde no existe una concepción de lo público como en Europa. Gracias a ese modelo de sociedad de bienestar los poderes públicos con los impuestos de los ciudadanos asumen la iniciativa, tutela y protección de servicios básicos como la salud, la vivienda o el medio ambiente, y también los relacionados con la protección de la seguridad.

La diferencia es absoluta y clara: en varios países de América Latina, sobre todo en Centroamérica, los bomberos son en su mayoría servicios voluntarios. Ello no quiere decir que carezcan de formación, sino que no cobran por sus servicios, o lo hacen en una cantidad tan insuficiente que apenas les permite vivir.

Dentro de esas especificidades, se encuentra la de Bolivia, donde existen bomberos profesionales, pero estos forman parte de los cuerpos de policía. En otros países, los grupos de bomberos están integrados dentro del ejército con una estructura totalmente militarizada. A pesar de esas enormes diferencias de concepto estos colectivos han de resolver los mismos siniestros que nosotros con menor formación, escasos materiales, y más reducido personal. Nuestra experiencia en los cursos de formación impartidos en estos países, a los que llevábamos nuestros materiales y enfoques, a pesar de las diferencias, nos servía para aprender de ellos también otras maneras de solucionar imprevistos con menores equipamientos y más imaginación. A la hora de cooperar hay que tratar de evitar que se muestre altivez desde la superioridad técnica o la disponibilidad de recursos materiales: tenemos mucho que enseñar pero también bastante que aprender de ellos. De cada viaje se pueden obtener nuevas lecciones. Debemos partir de una pequeña cura de humildad.

4. Descripción de experiencias

Se analizan con más detalle algunas de las experiencias de intervención más allá de los cursos de formación.

Centroamérica: Respuestas ante una gravísima sequía.

Cuando se habla de intervenciones, es preciso mencionar a aquellas desvinculadas de acciones generadas por catástrofes de acción fulminante y centrarse en las que tienen que ver con la dotación de recursos y el establecimiento de infraestructuras. En mi primera experiencia de cooperación internacional, en 1999, el objetivo inmediato era el restablecimiento del agua potable. Tras un largo periodo de sequía en Nicaragua por la ausencia de lluvias empezaron a aflorar distintas enfermedades como consecuencia de la insuficiencia o la mala calidad de las aguas. Durante varias semanas el trabajo de los bomberos voluntarios españoles consistió en la potabilización de agua en distintos lugares del país, mano a mano con los bomberos de Managua, Boaco, Matagalpa y otras ciudades de esa república castigada por muchos años de dictaduras, guerras y catástrofes. Decidimos compartir absolutamente todo con ellos, incluida la alimentación y el estilo de vida. Hasta el punto de integramos al cien por cien en su quehacer cotidiano, llegando hasta a salir de emergencias con sus vehículos a atender a diversos siniestros, como si formáramos parte de los equipos de intervención locales. La experiencia fue muy positiva, y para los participantes vino a demostrarnos que la cooperación iba a formar parte esencial de nuestras vidas para siempre: sabiendo que estabas haciendo algo de verdad importante para una comunidad.

En aquella primera intervención, a través de Bomberos Unidos Sin Fronteras (BUSF) tomamos conciencia de las ayudas puntuales a esas comunidades eran positivas, pero se necesitaba trabajar mucho más allá de lo puntual, generando una relación estable en la que se aportara capacitación técnica, más allá de la cesión de recursos materiales, capaz de generar estructuras más estables en programas continuados no coyunturales, dentro de los que la formación de formadores adquiriría un papel protagonista. Esa fase inició una relación de hermanamiento con ellos.

Fruto de esta primera experiencia, se impartieron cursos de formación en diferentes aspectos del trabajo de bombero, tales como (desescombros, rescate en altura, potabilización de aguas, apeos y entibaciones, etc.) atendiendo a las demandas locales y a las respuestas inmediatas de los propios agentes de intervención.

Bolivia: Intento de rescate en derrumbamiento.

A diferencia de la experiencia anterior, basada en la potabilización de aguas y en la formación técnica a los grupos de intervención local, en esta experiencia la intervención estuvo dictada por la urgencia y la prioridad: se trataba de rescatar víctimas que habían quedado sepultadas por un corrimiento de tierras en una zona minera del pueblo de Chima.

Nada más conocerse la noticia en España decidimos actuar con rapidez. En menos de seis horas estábamos preparados en el aeropuerto de Madrid para salir destino a Bolivia. El contingente estaba compuesto por diez bomberos y dos perros de rescate preparados para localizar personas sepultadas con vida en siniestros de estas características. Al llegar a Bolivia nos esperaban bomberos de Perú preparados con vehículos “todo terreno” para llevarnos directamente al lugar, que distaba de la capital, La Paz, casi unos cien kilómetros. Nuestro primer impacto fue el de la sorpresa: nos desplazábamos a través de una de las carreteras más peligrosas del mundo, con cortados y abismos espectaculares. Los vehículos de transporte, a pesar de estar preparados para circular en las

más duras condiciones, debían detenerse constantemente para abrir el camino, a pico y pala, habida cuenta que los corrimientos del terreno habían desplazado toneladas de piedras y arena.

Para cubrir un recorrido de algo más de noventa kilómetros tardamos más de trece horas. Siempre bajo la presión latente y el nerviosismo de intentar llegar cuanto antes al lugar del siniestro para ayudar a encontrar personas con vida. En situaciones como esta los minutos se hacen eternos ante el ansia de llegar a tiempo de encontrar supervivientes.

Cuando alcanzamos el lugar, lo que nos encontramos fue impactante: lo inaccesible del terreno provocó que la ayuda fuera absolutamente inútil. Sin tiempo para descansar organizamos grupos de trabajo, con los perros en un primer rastreo, en busca de personas vivas y nosotros divididos en pequeños grupos de tres o cuatro personas. Nos vimos obligados a cavar a pico y pala por aquellos terrenos donde los habitantes del lugar nos iban indicando que podría haber personas atrapadas.

Las condiciones de trabajo fueron las más duras que yo recuerdo hasta el día de hoy: la tremenda altitud provocaba que a cada dos o tres movimientos de pala se tuviera que parar para intentar coger aire. El mal de altura se empezó a cebar con varios miembros del contingente dejándolos prácticamente inservibles para el desempeño del trabajo. Uno de los compañeros hubo de ser evacuado en helicóptero hasta La Paz, e ingresarlo en un hospital de la capital; incluso llegamos a temer por su integridad dado el mal aspecto que presentaba. Los demás fuimos sufriendo la dureza de la altura y el trabajo físico. Los primeros siete días llegamos a dormir como máximo unas tres o cuatro horas al día. La urgencia de la situación no nos permitía nada más que un leve descanso para coger nuevas fuerzas.

Después de todo nuestro empeño y disposición absoluta, lo único que conseguimos fue sacar de allí cadáveres de hombres, mujeres y niños. Pasada ya una semana las autoridades, declararon la zona como campo santo: las filtraciones de los cuerpos en descomposición se desplazaban hacia el río de cuyas aguas bebían los poblados adyacentes. Los responsables decidieron introducir maquinaria pesada para remover el terreno y acabar con las filtraciones.

Mis sentimientos fueron muy contradictorios: acudimos a salvar a la población y solo pudimos extraer cadáveres y más cadáveres, y absolutamente a nadie con vida. Lo cierto es que la primera vez que llegamos al lugar pensamos que sería muy difícil encontrar vida allí, puesto que el derrumbamiento de terreno debido a las lluvias había anegado absolutamente todo de agua y barro. Pero trabajamos con nuestras fuerzas hasta la extenuación con la esperanza de que algún milagro se produjera. Lamentablemente, solo recuperamos cadáveres. El regreso a casa fue triste pero muy emotivo, dejamos allí amigos de los que no se olvidan, bomberos peruanos y bolivianos con un carácter y una fuerza psicológica que son difíciles de describir. Durante unos días, a la vuelta, debimos afrontar un periodo de adaptación mental respecto a ese “shock”, tratando de retornar poco a poco a la rutina. A pesar de ello, lo vivido te ayuda a formar el carácter y ya nunca más se vuelve a ser el mismo.

Congo: Erupción de volcán en zona de guerra.

África es diferente sin duda, no tiene comparación con ninguna otra parte del mundo. En 2003, tras distintas experiencias de intervención en América Latina, tanto ante respuestas temporales como en trabajos de formación, dimos el salto a este continente donde las dimensiones adquieren una característica que no admite términos de comparación.

El relato de esta experiencia en el Congo es digna de ser contada con absoluta frialdad puesto que lo que allí vivimos los cuatro compañeros

que acudimos en primera estancia, es muy duro de describir. La entidad, BUSF, recibió una llamada de ayuda internacional para socorrer a más de 300.000 personas afectadas por la erupción de un volcán en el territorio habitado de Goma y ocupado por fuerzas rebeldes al gobierno central y de Ruanda. La erupción del volcán había contaminado el lago Kiwu, fuente de alimentos y agua para toda una enorme población.

Partimos con suma urgencia desde España con nuestros equipos de potabilización de agua. Sin problema alguno desde el aeropuerto de Madrid-Barajas, dados los convenios de colaboración con distintas líneas aéreas para que no surjan problemas cuando se embarca maquinaria y equipos de rescate.

El verdadero gran problema lo encontramos al llegar a Kinshasa, la capital del Congo. Los funcionarios decidieron quedarse a modo de botín con el equipamiento que llevábamos para ayudar a sus compatriotas. Tras negociar más de dos horas con ellos, y tener que solicitar la intervención de la propia embajada de España para que mediara en esta situación, solventamos el problema pagando por supuesto unas tasas que ellos mismos se inventaron para poder sacar el material de allí. Tras aquella primera experiencia en África, nos dimos cuenta que allí no nos desenvolvíamos con la soltura que estábamos acostumbrados en el resto del mundo.

En la siguiente etapa, fuimos recibidos en la propia embajada. El propio embajador nos expresó la difícil situación política en la que se encontraba aquella zona a la que tratábamos de acceder, y nos dijo textualmente que la embajada no se hacía responsable de lo que nos pudiera pasar allí puesto que el territorio era zona de guerra y estaba ocupado por tropas de Ruanda. Se nos puso un nudo en la garganta. Tras debatir si nos la jugábamos, sin el amparo de la propia embajada que nos advirtió del enorme riesgo, decidimos actuar cualquiera que fuera nuestra suerte para tratar de ayudar a esas víctimas, pasara lo que pasara. La prudencia es muy necesaria, pero en ese momento pensamos que habíamos venido para ayudar a las personas, más allá de cualquier conflicto o guerra civil.

El siguiente paso fueron las gestiones para colocar nuestro material en un avión de Naciones Unidas, y desplazarnos hacia el lugar de la catástrofe. El avión era un "Antonov" destartado en el que viajamos durante casi cuatro horas sobre la selva africana hasta llegar a Kigali, la capital de Ruanda.

Una vez en Ruanda los problemas crecieron: los militares ruandeses también querían su parte del pastel. Otra vez tuvimos que negociar las supuestas tasas que nos hacían pagar a cada lugar donde llegábamos. Aun abonando las cantidades de dinero que nos pedían, nos sustrajeron la totalidad del hipoclorito de calcio que transportábamos para potabilizar el agua, algo que tiempo después, gracias a la mediación de otra ONG, recuperamos; material indispensable para realizar nuestro trabajo.

Un día después de este ajeteo contactamos con un español miembro de un equipo de Naciones Unidas, que logró gestionarnos un helicóptero para transportarnos a nosotros y al material hacia el lugar de la catástrofe. Sin esa ayuda hubiera sido imposible alcanzar ese territorio.

Nada más llegar el panorama nos pareció indescriptible, con personas huyendo de una lengua de lava que recorría las calles de la ciudad de Goma, el volcán a más de treinta kilómetros escupía aún cenizas, y nosotros allí solos sin amparo de nadie, sin la cobertura de institución alguna, con una máquina de potabilización de agua, y ganas de ayudar pero sin saber cómo.

Otra vez tuvimos suerte: una ONG holandesa nos proporcionó el cloro necesario para trabajar y logramos situarnos a las orillas del lago Kiwu, cerca de donde ellos estaban realizando tareas de potabilización, por supuesto con más medios que nosotros y seguramente más dinero. Todo el dinero que llevábamos para costear nuestra manutención había desaparecido pagando esas supuestas tasas a diestro y siniestro y por todos los lados. La corrupción es un mal endémico, y que se ceba precisamente en las personas más necesitadas.

Comenzamos por fin a trabajar y a extraer agua de aquel lago contaminado. Centenares de personas estaban falleciendo a causa de consumir agua en mal estado, los compañeros de la ONG holandesa tenían medios para probar la calidad del agua extraída del lago, y cuál fue nuestra sorpresa al dar nuestro producto una calidad muy superior a la que ellos lograban obtener. Nos comentaron que sería bueno que nuestra agua fuera transportada en camiones cisternas para los hospitales de campaña. Accedimos a su petición y en los siguientes días, sacamos agua para el suministro a hospitales y centros de huérfanos.

Tras todos estos primeros días empezamos a organizarnos en aquella devastación. Logramos pernoctar en un centro de misioneros de la orden de los “padres blancos” donde fuimos acogidos como si fuéramos miembros de su congregación, y sin los cuales creo que no hubiéramos sobrevivido mucho tiempo. En esta segunda etapa, ya con la planta de potabilización trabajando sin parar, contactamos con unas monjas misioneras que nos contaron cosas que recuerdo, y aún se me pone la piel de gallina. Algunas de esas monjas habían sido violadas sistemáticamente por “los rebeldes”, como allí los llaman; pero ellas seguían allí ayudando y componiendo una sonrisa en sus caras. Durante el conflicto armado fueron las únicas personas que no abandonaron a la población: una guerra terrible. En estos días pudimos encontrarnos con niños de unos cinco o seis años portando fusiles de asalto. Lo terrible es que los países con más responsabilidad en los asuntos mundiales apenas quisieron intervenir en la pacificación de la zona. Frente a las actuaciones para el control de sus recursos materiales, llámese petróleo, piedras preciosas, minerales súper-conductores, etc. Cuando regresas a tu lugar de residencia piensas que algo se podrá hacer para mejorar la vida de esas personas. Aunque tu labor como simple cooperante, acabe por limitarse a contar lo que allí ocurre; lo que significa un primer paso.

La experiencia no acabó con esta dura etapa. Seis meses después del viaje a Congo, otro compañero y yo decidimos regresar para comprobar si seguía sirviendo para potabilizar agua el equipo que trasladamos desde España, y que a nuestra vuelta habíamos cedido a una ONG. Cuál fue nuestra sorpresa al descubrir que se estaba comercializando con nuestra planta potabilizadora, por mediación de unos funcionarios que se hicieron dueños y señores de los equipamientos que nosotros ingenuamente pensamos que quedaban en manos seguras. Ese entramado corrupto lo descubrimos gracias de nuevo a los “padres blancos”, esos curas que nos salvaron en la primera intervención en este continente. A través de ellos pudimos reunirnos con otro personaje del que sería imposible olvidarse aun viviendo mil años: el “Padre” Mario.

Este mal llamado “padre”, ya que no había recibido el sacerdocio, es una de las personas que más han marcado mi vida por su implicación tan desinteresada con los más necesitados; este señor se dedicaba a sacar de las calles a niños huérfanos y chicos de la guerra, y enseñarles un oficio para que pudieran valerse por sí mismos en un futuro. Hablamos con él, y le propusimos instalar en su centro llamado “Don Bosco”, un sistema de recuperación y potabilización de aguas. Este hombre se ocupaba de atender a dos mil niños y niñas, ofreciéndoles comida y agua, que costeaba con sus propios recursos personales. El “Padre” Mario era italiano. Cuando llegó a África como turista y vio la situación de estas

personas se quedó a ayudar. Llevaba allí cerca de veinte años, una vez al año regresaba a Italia en busca de recursos económicos que empleaba íntegramente en atender a los demás. Cuando le conocimos llevaba con unas sandalias rotas e iba prácticamente descalzo. Este hombre era ayudado por gente de distintos lugares del mundo que empleaban sus vacaciones en ir a ayudarlo en las más variadas tareas.

Conocer a algunas de esas personas, como este italiano, los “padres blancos”, las monjas misioneras, etc. cambiaron para siempre mi sentido de ver la cooperación. Ellos son los verdaderamente indispensables. Sin esa fuerza el mundo no sería el mismo. Mi más sincera enhorabuena y respeto hacia los que dan todo a los demás.

5. Evaluación final y conclusiones de las experiencias

Las visiones de quienes actúan en cooperación son muy enriquecedoras y provechosas para quien participa en ellas. A pesar de esto es necesario valorar diferentes niveles de actuación. Desde la perspectiva de las variadas intervenciones realizadas por bomberos profesionales hay que destacar elementos como:

- Un elevado nivel técnico y profesional, desligado de cualquier actuación realizada a impulsos puramente voluntaristas carentes de base técnica.
- Una alta capacidad de motivación personal y sentido de la solidaridad.
- Un reconocimiento de que existen diferentes formas de cooperar según los perfiles y las actitudes personales, pero que en nuestro colectivo están mucho más desarrolladas que en otras profesiones.
- La importancia de adquirir un buen nivel de conocimiento sobre la sociedad en la que se ha decidido actuar, tanto en sus estructuras y usos como en sus circunstancias socio-económicas. Combinar la parte teórica con la parte práctica es esencial para el mejor aprovechamiento y repercusión en las actuaciones.
- Aunque nuestros trabajos, muchos de ellos puntuales y de respuesta ante emergencias que piden una movilización en tiempo-record, están dictados por la urgencia, hay una labor previa de prevención y de formación imprescindible para trabajar con los agentes locales.
- Es preciso desglosar y diferenciar el papel del “voluntario” y el del “técnico” para evitar confusiones que sean disfuncionales, y que puedan generar otros problemas añadidos al del propio supuesto de intervención. En este sentido, no se puede suplantar el papel del técnico por el del voluntario ante las emergencias; por ejemplo los incendios forestales. El incumplimiento de los protocolos de seguridad, o la actuación voluntaria pero incontrolada sin esa capacitación, genera un riesgo añadido muy grave. El voluntario no ha de suplantar al técnico: sus roles y funciones son estrictamente diferentes. Un voluntario puede actuar como apoyo puntual a una intervención en labores complementarias relacionadas con suministros o servicios, organización, ayuda a las víctimas, etc. Pero nunca intervenir directamente en labores que corresponden a un perfil técnico totalmente especializado.

Al fin de cuentas, el cooperante o quien ayuda a los demás recibe mucho más de lo que ofrece. Como en mi caso, se ha convertido en uno de los cometidos más gratificantes que pueda hacer una persona. Es importante destacar que cuando un bombero acude a actuar fuera del servicio, ante una catástrofe, o a cualquier tipo de contingencia voluntaria, siempre lo hace en periodo de vacaciones o debiendo cambiar las guardias y días de libranza, sin recibir compensación alguna por días libres. El servicio de bomberos jamás ha sufrido un detrimento de personal o de atención al servicio porque sus profesionales especialistas puedan actuar en lugares quizás lejanos geográficamente. Hay una gran colaboración dentro del colectivo especialmente sensibilizado ante las causas solidarias, lo que permite la cobertura de las guardias aun en el caso de actuación exterior; guardias que al regreso hay que devolver a quienes las hicieron por los desplazados. Se trata de un reparto solidario de tareas frecuente en la forma de contemplar el trabajo del día a día. Hacemos lo que hacemos porque nos gusta, no porque seamos una especie de mercenarios a los que se envía aquí o allá para solucionar problemas cuando surge una catástrofe: nada más lejos de la realidad. Es un orgullo y un honor poder ayudar a los demás. Si no tuviéramos esta actitud posiblemente nos hubiéramos dedicado a otra profesión. Esto explica la identificación de jóvenes de hoy con esta profesión y sus perfiles contemporáneos; lo que implica un acercamiento a imágenes muy distantes de otras mucho más frívolas o superficiales con las que se enmarca de manera artificial al grupo.